

Lecturas del extranjero en *l'Homme à l'envers* de Fred Vargas

Eva Robustillo Bayón

Universidad de Sevilla

erobustillo@us.es

Résumé

L'objectif de cette étude est d'explorer la construction du personnage de Lawrence Donald Jonhstone dans le roman policier *L'Homme à l'envers*, de l'auteure française Fred Vargas. Nous analyserons, d'abord, comment ce Canadien –dont la description souligne explicitement des caractéristiques opposées à celles des habitants de la communauté qui l'accueille– est présenté comme un être déchiré, héritier de deux cultures différentes. Ensuite, nous observerons son lien avec le monde animal qui le définit en tant qu'être non humain, mi-homme mi-bête, étranger à la société. Comme nous le montrerons, ces deux aspects le prédisposent pour incarner la figure archétypique du coupable dans le cadre du système de personnages de ce roman.

Mots-clé: étranger ; roman policier ; coupable ; animalisation.

Abstract

The aim of this work is to explore the construction of the character of Lawrence Donald Jonhstone in the detective novel *L'Homme à l'envers*, by French writer Fred Vargas. Firstly, we will analyze how this Canadian man –explicitly described with characteristics opposed to those of other inhabitants of the community taking him in– is presented as a divided self with two different cultural heritages. Secondly, we will observe his connection with the animal world, which defines him as non-human, half man-half beast, and a stranger to society. As we will demonstrate, both these aspects predispose him to occupy the archetypal figure of the guilty in the system of characters featured in this novel.

Key words: foreigner; detective novel; guilty; animalization.

La novela policiaca ha recurrido a lo largo de su historia a la figura del extranjero como parte integrante de su sistema de personajes. El primer ejemplo que encontramos apunta al anónimo amigo del caballero Dupin en los cuentos fundadores de Edgar Allan Poe –*The murders in the Rue Morgue* (1941), *The mystery of Marie Roget*

(1842) y *The Purloined Letter* (1844). Otros extranjeros jalonan la historia del género, algunos mundialmente conocidos, como el detective belga Hercule Poirot de Agatha Christie o el Harry Dickson del escritor belga Jean Ray, eficaz investigador americano que suele enfrentarse a enigmas en apariencia sobrenaturales en su calidad de detective de Scotland Yard. La tendencia a presentar extranjeros desempeñando las funciones principales de la novela policiaca se confirma a lo largo de la historia del género, ya sea en el efímero papel de víctima –por ejemplo, la que desencadena la investigación de *Roseanna* (Maj Sjöwall y Per Wahlöö, 1965)– o en el más relevante representado por el investigador –piénsese, entre otros, en la americana Ingrid Diesel de la escritora francesa Dominique Sylvain–. Completando las tres figuras arquetípicas propuestas por Yves Reuter (1989) en el género policiaco, encontramos también a asesinos encarnados por un personaje ajeno a la comunidad que lo acoge en su seno.

Nos interesa especialmente detenernos en esta última figura, la del culpable, puesto que la novela que nos ocupa, *L'homme à l'envers* (Fred Vargas, 1999), cuenta entre sus protagonistas a un canadiense especialista en osos que acabará relacionado con la comisión de los crímenes que tendrán lugar en la novela.

Acabamos de hacer referencia a las dos lecturas principales del extranjero en *L'Homme à l'envers* que guiarán esta exposición. En primer lugar, estudiaremos la representación del culpable como extranjero no solo en lo referente a la percepción de esta figura en su calidad de ser ajeno a la sociedad –vinculado, por lo tanto, al tema del Otro y, en particular, del miedo al otro– sino también por su condición periférica en cuanto al sistema de personajes. En segundo lugar, nos centraremos en la construcción de la animalidad del extranjero a lo largo del texto, que está en la línea de la atribución de rasgos animales a esta figura a lo largo de la historia de la literatura (piénsese, por ejemplo, en manifestaciones literarias tan diversas como las canciones de gesta medievales o el *Dracula* de Stoker). Además, estas dos lecturas aparecerán estrechamente vinculadas al tema del doble, tercer aspecto al que aludiremos en este trabajo.

Publicada en 1999, *L'Homme à l'envers* constituye la segunda novela de la serie protagonizada por el comisario Adamsberg de la escritora francesa Fred Vargas. Desde las primeras páginas del texto, observamos la presencia de un extranjero, el canadiense Lawrence Donald Johnstone, instalado en el sur de Francia con el fin de estudiar los lobos del Mercantour. Su devoción hacia los osos canadienses y los lobos forma parte del proceso de animalización del personaje que estudiaremos más adelante. Antes de llegar a ese punto del análisis, cabe destacar cómo, también desde los primeros compases de la historia, el lector atento de novelas policiacas puede interpretar los indicios que van revelando la posición del canadiense dentro del sistema de personajes de este texto.

Al igual que en otras novelas de la autora, el sistema aparece articulado a partir de las tres figuras arquetípicas del investigador, la víctima y el culpable definidas

por algunos autores (Reuter, 1989), a las que habría que añadir el sospechoso, según otros críticos especialistas en el género (Dubois, 1989, 1992). En cualquier caso, nos interesa subrayar que el culpable, definido precisamente por Dubois (1992: 98) como «la grande figure archaïque du Mal», es el contrapunto del investigador, representante del Bien y del orden. A diferencia de este último, que ocupa un lugar protagonista y está presente a lo largo del relato, llevando a cabo las tareas investigadoras que harán avanzar el relato hacia la resolución del crimen, el culpable de la novela policiaca no suele aparecer como personaje en el desarrollo de la intriga –al menos en la novela policiaca convencional–. En efecto, la identidad de esta figura constituye un misterio hasta el desenlace, oculta entre la de otros personajes, los sospechosos o incluso los testigos. De este modo, desde un punto de vista textual, podemos afirmar que el culpable ocupa un lugar periférico, puesto que su identidad aparece velada desde la comisión del crimen hasta las páginas finales donde se resuelve el misterio. Esta circunstancia es particularmente frecuente en las denominadas «novelas de enigma», tendencia popularizada por Agatha Christie, entre otros, en la que la crítica sitúa generalmente las novelas de Fred Vargas. Cabe señalar, sin embargo, que la propia autora insiste en el carácter único de su producción, fruto de la evolución del género, cuando se refiere a sus textos policíacos con la denominación de «rom-pol» (Cognet, 2001).

A este carácter periférico se suma el hecho de que el culpable, al llevar a cabo el crimen, es decir, el acto transgresor que conlleva la ruptura del orden social establecido, queda excluido –o más bien se autoexcluye– de la sociedad. Desde esta perspectiva, podemos percibirlo como un extranjero, un ser ajeno a la comunidad que lo ha acogido en su seno.

Tras estas consideraciones generales sobre las figuras del investigador y el culpable del género policiaco, centraremos la atención en la construcción del personaje de Lawrence Donald Johnstone.

Al realizar una descripción física del canadiense, la mirada del comisario Adamsberg lo percibe inmediatamente como «son opposé» (Vargas, 2005: 43). Dado que es identificado de tal modo por Adamsberg –el investigador protagonista de la serie a la que pertenece *L'Homme à l'envers*–, Lawrence puede ser considerado desde ese mismo momento como la figura arquetípica opuesta al investigador, es decir, el culpable. A partir de este punto, y apoyándonos en los rasgos que caracterizan al personaje, constatamos que el canadiense constituye un buen ejemplo de culpable-extranjero en los sentidos que hemos señalado anteriormente, a saber, un ser ajeno a la sociedad que, además, posee rasgos propios de animales salvajes.

En su descripción, Lawrence Donald Johnstone encarna a un canadiense instalado en una zona rural de Francia para llevar a cabo un estudio científico. Con el fin de resaltar su condición de extranjero, el texto lo presenta físicamente con unas características determinadas, «un grand gars aux cheveux longs et blonds» (Vargas, 2005: 7), que contrastan con las del colega francés que lo acompaña en el seguimien-

to de los lobos, descrito como «un homme du pays, petit, brun, un peu buté» (Vargas, 2005: 7). Las diferencias físicas, reforzadas por la precisión de que Jean Mercier es «un homme du pays», sitúan a Lawrence como un ser ajeno a la comunidad que lo ha acogido, circunstancia también aplicable al ámbito de las conductas y los hábitos cotidianos. Sin embargo, en lo que podríamos considerar una inversión del tema del miedo al Otro –en este caso, el imponente Lawrence que alarga su estancia «sous des prétextes obscurs» (Vargas, 2005: 7)–, los habitantes de Saint-Victor no se muestran recelosos con respecto a las intenciones y los comportamientos del canadiense. Al contrario, parecen satisfechos de contar con un hombre de semejantes dimensiones para hacer frente al asesino del Mercantour. De hecho, es Lawrence quien marca la distancia con los que le rodean mediante sus continuos comentarios que reflejan la incomprensión y el desprecio hacia sus nuevos vecinos. Por ejemplo, uno de los rasgos que caracterizan a este personaje consiste en las críticas continuas a propósito de la ausencia de limpieza en la higiene personal de los habitantes de Saint-Victor. Este dato, fruto de la mirada del extranjero sobre una sociedad que le resulta desconocida, denota, además, un comportamiento obsesivo de Lawrence con respecto a la limpieza. El lector así lo interpreta, como una visión crítica por parte del extranjero hacia la sociedad que lo acoge, al igual que tantas otras en la historia de la literatura. Solo hacia el final del texto comprobaremos cómo estos comentarios en apariencia anodinos constituirán una pieza clave en el desarrollo de la investigación o, dicho de otra manera, en el proceso de identificación del culpable. De este modo, la mirada explícita de Lawrence se convierte en un indicio capital para la actividad policial.

Cabe destacar que el final del texto pone al descubierto una verdad sorprendente relacionada con la identidad del culpable. No nos referimos al «efecto sorpresa» perseguido a lo largo del texto policiaco y que desemboca en la denominación de un asesino inesperado –aspecto que, por otra parte, constituye una de las características recurrentes del género, según lo ha señalado, entre otros, Yves Reuter (2005)–. En lo que respecta a la construcción del extranjero en *L'Homme à l'envers*, subrayamos que el engaño textual consiste en presentar a Lawrence Donald Johnstone con nacionalidad canadiense cuando descubrimos que, en realidad, su origen es francoamericano.

Este engaño, definido por Barthes (1970: 75) como uno de los morfemas dilatorios de la frase hermenéutica propios del desarrollo del enigma en un texto, nos conduce a otra visión de la figura de Lawrence relacionada con la noción de extranjero, entendida esta vez como dualidad: dos nacionalidades, dos culturas, dos maneras de pensar. El desenlace de los acontecimientos revela que, lejos de constituir un enriquecimiento cultural, el doble origen de Lawrence le provoca una ruptura interior –manifestada, según veremos, por la adopción de dos nombres– con la que el canadiense fingido no consigue convivir. Sus condiciones personales han privilegiado el lado anglosajón frente al francés, marcándole el objetivo de aniquilar la influencia negativa de Francia en su vida. En cierta medida, podemos afirmar que la elección de

las víctimas apunta a este deseo de deshacerse de los elementos franceses detonantes de su infancia infeliz. Extranjero, pero no tan extranjero como aparecía presentado desde el principio del texto, Lawrence rechaza de manera obsesiva una de sus partes, lo cual acentúa la dualidad interna que se revelará también en otros aspectos analizados posteriormente.

Según acabamos de señalar, la elección de un nombre inventado para entrar en territorio francés redundante igualmente en la construcción de la dualidad del personaje. Lawrence es en realidad Stuart, o, mejor dicho, Lawrence y Stuart son las dos caras de un mismo personaje. Las palabras del comisario Adamsberg apoyan esta idea: «Il était en deux bouts, l'homme tranquille et l'enfant déchiré. Laurence, et Stuart» (Vargas, 2005: 307). Esta cita lleva inmediatamente a pensar en otras figuras literarias célebres, entre las que se encuentra el protagonista de la novela de Stevenson, *The Strange case of Dr Jekyll and Mr Hyde* (1886), obra que profundiza en el tema de la dualidad del ser humano. La presencia del tema del doble, más propio de la literatura fantástica que del género policiaco, confirma la tendencia de esta autora de introducir elementos sobrenaturales en sus novelas. En esta ocasión, el doble policiaco podría inscribirse en la tradición fantástica gracias precisamente a la noción de «extranjero» asociada a lo extraño, como puede observarse en la descripción del doble fantástico que realiza Steinmetz (1997: 27):

Il fait partie de ces croyances par lesquelles les hommes ont tenté de comprendre les étrangetés de leur vie psychique. [...] Le double [...] présente de nos jours un aspect inquiétant. De protecteur, il s'est transformé, au fil des siècles, en entité maligne et inquiétante. [...] le double prend l'aspect d'un surmoi criminel ou justicier.

Volviendo a la figura del culpable en este texto y a su relación con la sociedad, podemos afirmar que, al cometer los crímenes, Lawrence-Stuart se autoexcluye de la misma no solo en el plano moral –típico en la construcción del culpable en el género policiaco, como señalamos anteriormente– sino también en lo puramente material. En efecto, Lawrence-Stuart es un personaje ausente en la mayor parte del relato. De su vida antes de llegar a Francia, el lector solo conoce su dedicación al estudio de osos y otras especies salvajes, motivo por el que se ha acostumbrado a la convivencia con el mundo animal y, por lo tanto, ha permanecido alejado de las reglas civilizadas, sociales, de cualquier comunidad humana. Su llegada a la región alpina supone la continuación de esta vida salvaje, marcada por los reducidos contactos con los habitantes de la zona y caracterizada por largas temporadas en las montañas dedicadas a observar y estudiar a los lobos.

Subrayábamos en un párrafo anterior que la identificación de Lawrence como oponente del comisario Adamsberg lo predispone para ocupar la función del culpable en el sistema de personajes de la novela. En lo referente a su modo de vida, la separa-

ción de la sociedad y su incursión voluntaria en el mundo animal vienen a apoyar esta idea. En efecto, la figura de Lawrence rompe la frontera entre la civilización y el mundo animal, circunstancia que Fred Vargas considera imprescindible para que se desencadene una narración policiaca cuando afirma:

Ce mur-là, qui nous sépare de ce monde-là, nuit, sauvage, animal, instinct, bestialité, forêt, etc. ... Barbarie... Et ici civilisation, jour, maison, protection, règles, loi, tout le bordel... et homme, idée d'une morale... Si ce mur tombe, tu vois les deux étangs, ils commencent à se mélanger et tout, c'est la panique. C'est cette panique-là qui crée un roman policier, rien d'autre que cette panique que l'homme aille discrètement et furtivement du côté de sa bestialité (Cognet, 2001).

Por lo tanto, desde este punto de vista, Lawrence-Stuart puede ser percibido, ya en las primeras páginas y debido a su relación con el mundo animal, como el personaje que rompe ese muro al que se refiere la autora y permite la comunicación entre los dos mundos, el que, en definitiva, ha cometido el acto transgresor que potencia su bestialidad, es decir, el culpable.

La idea de la bestialidad del culpable nos sirve para introducir la segunda lectura que proponemos del extranjero en *L'Homme à l'envers*, a saber, la relevancia de los rasgos animales que caracterizan a Lawrence. Acabamos de apuntar la estrecha relación que éste mantiene con el mundo animal. Especialista en el estudio de osos, caribús y lobos canadienses, con los que ha convivido durante quince años, su interés se centra al inicio de la novela en los lobos del Mercantour. Además de esta constatación evidente de su vinculación a lo salvaje (destacada por el carácter particularmente agresivo y peligroso de las especies citadas), la lectura del texto permite detectar la animalización progresiva de Lawrence, que conduce a una fusión plena con su objeto de estudio: el lobo. Se podría incluso afirmar que la identificación comienza ya en el título, puesto que se relaciona al «hombre del revés» –despojado de este modo de su humanidad– con el culpable. Por lo tanto, podemos afirmar que la construcción de este personaje se inicia en la portada y continúa en el texto, que teje sutilmente alrededor de su figura una serie de atributos que favorecen el proceso de animalización desde las primeras páginas.

Uno de los aspectos que apuntan a su inscripción en la esfera de lo animal consiste en la escasa capacidad de Lawrence para comunicar a través del lenguaje hablado. Esta circunstancia se deriva, quizá, de la autoexclusión social reflejada mediante la incursión en el mundo animal. Pero su incapacidad para transmitir sus pensamientos de forma dialogada puede indicar también su pertenencia a un mundo no humano, puesto que nuestro lenguaje, como es sabido, es una de las principales características definitorias del ser humano con respecto a otras criaturas. Del mismo modo que el Mowgli de Kipling, Lawrence tiene la capacidad de comunicarse con los gran-

des osos canadienses, según apunta el propio texto al utilizar, por ejemplo, el verbo «discuter» para describir su relación con los ejemplares estudiados: «Surtout un gars qui discutait d'égal à égal avec les grizzlis» (Vargas, 2005: 24). El texto insiste, además, en que la pérdida progresiva del lenguaje humano por parte de este personaje es fruto de sus largas temporadas alejado de cualquier contacto con la civilización:

Soit qu'il ait cherché les solitudes glaciaires pour fuir le bavardage des hommes, soit que la fréquentation assidue des étendues arctiques lui ait ôté le goût de la parole, la fonction décréant l'organe, il parlait tête baissée, protégé par sa frange blonde, et le moins souvent possible (Vargas, 2005: 21-22).

Como dato anecdótico en relación con su competencia comunicativa, cabe señalar que la expresión coloquial (incluso vulgar) que profiere de forma recurrente en inglés, su lengua paterna, contiene también el nombre de un animal: «Bullshit». Aprovechamos la mención a sus orígenes americanos para apuntar que su animalidad, la bestialidad que lo empuja a cometer crímenes, está asociada a su herencia paterna por razones que conoceremos hacia el final de la novela.

En cuanto a sus características físicas, lo inscriben igualmente en el mundo salvaje. Acabamos de citar unas palabras en las que se afirma que Lawrence habla «de igual a igual» con los osos canadienses. Su enorme talla, a la que se hace referencia reiteradamente a lo largo del texto, se asemeja a las enormes proporciones del lobo sospechoso de cometer la masacre en los rebaños de ovejas. Además, el texto vincula al personaje con el lobo asesino de forma explícita mediante palabras como «Lawrence était du côté des loups» (Vargas, 2005: 17), de manera que se establece un paralelismo entre el extranjero y el animal –hasta el punto de llegar a una fusión final mencionada anteriormente y a la que volveremos más adelante– que repercute en la construcción del personaje de Lawrence. De este modo, los rasgos monstruosos atribuidos al lobo por los habitantes y los medios de comunicación constituyen un aspecto más de la animalización progresiva del especialista en especies salvajes.

Con respecto a la percepción del responsable de los primeros ataques, en las primeras páginas de la novela constatamos una alternancia entre la consideración de uno o varios lobos pertenecientes a una manada que habría vuelto a la zona. A medida que avanza el texto, toma forma la hipótesis de un solo ejemplar, uno de dimensiones colosales, calificado con expresiones del tipo «une bête comme t'en as jamais vu» (Vargas, 2005: 5) o «beaucoup trop grand» (Vargas, 2005: 25). Esta idea de desmesura en los rasgos del animal será retomada y explotada por los medios de comunicación (Vargas, 2005: 39). Su influencia en los receptores de la noticia se manifiesta en los sentimientos contrapuestos que despierta la bestialidad del lobo, descritos con palabras como «de la jouissance et de la terreur» (Vargas, 2005: 39). A la prensa escrita se suman los medios audiovisuales, que transmiten reportajes donde «on maudissait les carnages avec volupté, on détaillait la puissance de la bête : insaisissable, féroce et,

surtout, colossale» (Vargas, 2005: 39). Esta fascinación por lo misterioso y lo desconocido se encuentra en las raíces del imaginario colectivo occidental, que ha representado esta figura en cuentos y leyendas populares a lo largo de la historia. Pronto este lobo, asociado en el texto al séquito del diablo (Vargas, 2005: 39), evoluciona hacia un ser perteneciente a la esfera de lo fantástico: el hombre-lobo. No es de extrañar que sea precisamente Lawrence el que introduce la idea de considerar la existencia de este ser sobrenatural (Vargas, 2005: 56). En su manera de acceso al conocimiento, que Lyotard (1979) consideraría dentro del saber narrativo tradicional –diferenciado, por tanto, de la transmisión del conocimiento en la época actual, donde impera el saber científico (lo que podríamos considerar como una forma más de exclusión de la sociedad que lo acoge)–, Lawrence ha sido narratario de historias en las que la metamorfosis constituía un hecho natural:

Lui, il avait entendu tant d'histoires à dormir debout, tant de vieilles femmes transformées en grizzlis, de grizzlis permutés en perdrix des neiges et de perdrix en âmes errantes que ces bestiaires fous [le loup-garou] ne l'inquiétaient plus depuis longtemps (Vargas, 2005: 58).

En este caso, el hombre-lobo encarna la unión de los mundos humano y animal o, dicho de otra manera, representa la ruptura de las fronteras a las que hacían referencia las palabras antes citadas de Fred Vargas. De este modo, no resulta sorprendente que la hipótesis de la existencia de este ser sobrenatural se enuncie pocas páginas antes de la aparición de la primera víctima humana (Vargas, 2005: 67), momento preciso en el que la frontera que separa los dos mundos se rompe y se instaura el caos, representado en el género policiaco mediante el crimen.

A partir de la formulación de la hipótesis del hombre-lobo, los personajes se dividen en dos grupos, cada cual con una idea al respecto, circunstancia frecuente en otros textos de esta autora, donde a menudo observamos las luchas dialécticas entre los partidarios del caótico comisario Adamsberg y los racionalistas encabezados por Danglard, su adjunto. En esta novela, figuran, por un lado, los personajes que ceden a la idea seductora de la existencia del hombre-lobo y que, en cierto modo, encuentran a su chivo expiatorio en un ser ajeno a lo humano, con la intención, quizá, de rechazar la posibilidad de que un semejante sea capaz de cometer crímenes tan atroces. Por otro lado, aparecen los que, sin desechar completamente el carácter animal de los asesinatos, optan por atribuir tales actos a un ser humano. En cualquier caso, el final de la novela explica los crímenes mediante una solución racional, como corresponde a la estructura de la novela policiaca convencional. Sin embargo, podemos señalar que, paradójicamente, la hipótesis sobrenatural ayuda a desvelar los detalles de la comisión de los crímenes. Efectivamente, es Lawrence quien los ha perpetrado pero, según hemos demostrado a lo largo de nuestra presentación, este extranjero aparece construido con rasgos animales siguiendo un paralelismo con el lobo o el hombre-lobo

sospechosos de los asesinatos. Tanto es así que mata emulando al lobo, desgarrando a sus víctimas con una prolongación simbólica de sí mismo, a saber, la mandíbula importada de un lobo del Ártico.

La convergencia entre Lawrence y la figura del lobo, que culmina en la fusión del hombre-lobo, puede ser analizada también desde la consideración de este personaje como un ser dual. Completando la escisión psicológica apuntada cuando analizamos la división entre Lawrence y Stuart, constatamos ahora una dualidad física y textualmente elaborada que vincula a Lawrence con la bestialidad tantas veces atribuida al extranjero, cuya conexión es evidente en el vocablo «bárbaro», derivado, como es sabido, del término griego utilizado para designar al que llega de fuera.

A modo de conclusión de esta exposición sobre la construcción del extranjero en *L'Homme à l'envers*, observamos que, hacia el final del texto, Adamsberg utiliza una palabra precisa y certera, «déchiré» (Vargas, 2005: 307), para definir al culpable de esta novela. Personaje dual, desgarrado y dividido, Lawrence ejemplifica de manera magistral, a nuestro juicio, la compleja figura arquetípica del culpable, que debe multiplicar su identidad (Lawrence–Stuart–hombre-lobo) con el fin de ocultarla hasta el final del relato. Su estudio nos ha permitido, además, poner de relieve la importancia de la noción de «extranjero» para la construcción del culpable en los textos policíacos, personaje destinado a romper el equilibrio social y, de alguna manera, a desgarrarse a sí mismo, voluntaria o involuntariamente, convirtiéndose, si no lo era, en un extraño para la sociedad que lo rodea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHES, Roland (1970): *S/Z*. París, Éditions du Seuil.
- COGNET, Christophe (2001): *Les Sentiers de Fred Vargas*. DVD. París, La Huit Distribution (Coll. Carnets Noirs).
- DUBOIS, Jacques (1989): «Un carré herméneutique: la place du suspect», in Yves Reuter (dir.), *Le roman policier et ses personnages*. Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 173-180.
- DUBOIS, Jacques (1992): *Le roman policier ou la modernité*. París, Nathan.
- LYOTARD, Jean-François (1979): *La condition postmoderne*. París, Les Éditions de Minuit.
- REUTER, Yves (1989): «Le système de personnages dans le roman à suspense», in Yves Reuter (dir.), *Le roman policier et ses personnages*. Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 157-172.
- REUTER, Yves (2005): *Le roman policier*. París, Armand Colin.

STEINMETZ, Jean-Luc (1997): *La littérature fantastique*. Paris, Presses Universitaires de France.

VARGAS, Fred (2005): *L'Homme à l'envers*. Paris, J'ai lu.